

## SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

# La Ilustracion de los Niños

## OFICINAS

Montera, 53, segundo  
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.  
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

## SUMARIO

I. La caída de la hoja.—II. Vivir muriendo.—III. Distribucion de premios en la Escuelas Pías.—IV. La caridad.—V. D. Lucas Aguirre y Juarez.—VI. Al hermosísimo niño Gerardo Lancha.—VII. Lettre adressée aux jeunes lecteurs de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.—VIII. La escala y el chico.—IX. Las tórtolas amarillas.

## LA CAIDA DE LA HOJA

No es una conseja antigua, no es una preocupacion vulgar lo que nos induce á tomar por epígrafe de estas lineas la caída de la hoja, sino la influencia de la estacion en el organismo de los seres vitales, ya sean del reino vegetal ya sean del reino animal, para deducir despues una reflexion moral que deben siempre tener presente los hijos de familia.

Despues de haber fructificado el árbol, al llegar las primeras heladas otoñales, empieza á despojarse de las galas con que le revistiera la bella primavera, y su esqueleto es signo de muerte, para renacer en la primavera más próxima, con la sávia de la naturaleza.

Despues de haber cumplido el hombre su mision sobre la tierra, despues de haber producido una nueva generacion, la nieve de los años hace languidecer paulatinamente su existencia, y perdiendo al fin las galas de su vigor, rinde su último tributo en la vida temporal para renacer en la primavera de lo eterno.

El árbol empieza y acaba en la terrena vida: el hombre nace en la tierra para morar por los siglos de los siglos en la region infinita de los espíritus.

En cuanto á lo que afecta á la materia, son exactamente iguales. Nacen, se desarrollan y perecen en el ocaso del tiempo.

Sólo el hombre tiene, entre todo lo creado, un más allá, un verdadero *plus ultra* que puede darnos la salvacion ó el tormento indefinidos.

Por eso debeis contemplar llenos de fé y recogimiento lo que significa el epígrafe de este artículo:

### La caída de la hoja.

En sentido material, tratándose de los vegetales, significa el apocamiento, la languidez, la esterilidad, la muerte temporal.

En sentido metafórico, tratándose del hombre, significa la muerte temporal tambien, por lo que respecta al cuerpo; pero en cuanto atañe al alma, el momento de la predestinacion, el acto de la comparecencia ante el Supremo Juez que ha de fallar nuestra sentencia por los siglos de los siglos.

Y toda esta obra de la naturaleza encarna vital interés y no debe pasar desapercibida á vuestros ojos.

Meditadlo bien, vigorosos jóvenes.

Los rigores otoñales destruyen la vegetacion y destruyen el cuerpo humano: el primero para renacer con el benéfico influjo del calor primaveral, acaso más potente que nunca, porque su vida se agita en lo perecedero, en lo limitado, en lo finito; pero el segundo, dotado de alma sensitiva y racional, deja en la tierra la materia inerte, que es lo perceptible á los sentidos, y vuela á ignotas regiones la parte sustancial de nuestro sér.

¿Y cuál es el destino de ese invisible espíritu?

¿Qué nos queda en la tierra de los seres que nos son queridos, cuando el agudo filo de implacable parca, siega de un solo tajo el hilo quebradizo de su vida?

Polvo, ceniza, nada; lágrimas y sentimiento; amargura perpétua en nuestros placeres y en nuestras contrariedades; un efímero recuerdo de lo que fueron. En siete piés de terreno se encierran todo el talento, toda la actividad, todos los méritos y todas las virtudes del hombre más esclarecido; todo el amor, toda la ternura de un padre, sin que nos quede otro consuelo que contemplar con los ojos materiales el marmol frio que le cubre y leer la filosófica inscripcion que se consagra á su memoria; pero leed, mis infantiles lec-

tores, con los ojos del espíritu, no lo que significa la destruccion del organismo, sino lo que valen y significan las buenas ó las malas acciones para obtener premio ó castigo eterno, y por depravados que sean los instintos, filosofando con recogimiento, vuestra imaginacion se perderá en un dédalo infinito de misterios.

Y en esa confusion comprendereis la pequeñez del hombre y la grandeza inmensa de su Creador; el delirio en que incurrimos cuando nos ensoberbecemos y blasfemamos, y la bondad y misericordia del Autor del universo que no nos confunde de momento, en el acto de cometer semejantes dislates.

En esa confusion comprendereis los peligros en que nos coloca el pecado y los beneficios de la gracia; la insuficiencia de nuestros esfuerzos para sobreponernos á la naturaleza y lo ténue y vago de nuestra codicia; lo maligno de nuestras acciones y lo transitorio de nuestras complacencias.

Comprendereis, al fin, como se dice anteriormente, que el hombre no es más que polvo, ceniza, nada; que, cumplido su destino, ha de someterse necesariamente á la ley de lo finito, que va poco á poco extinguiendo la vida racional, como los rigores otoñales van poco á poco matando el vigor de todas las plantas, hasta producir la caída de sus bellas hojas.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

## VIVIR MURIENDO

Al nacer me recibieron  
la vida y la muerte en brazos;  
y al ver tan opuestos lazos,  
con torva faz prorumpieron:

«¿Qué buscas aquí, perdida?»  
dijo á la vida la muerte.  
«¿Nació para tí, por suerte?»  
dijo á la muerte la vida.

«Dios, á mi eterna morada»  
responde ella, «le envía.»  
«Soy, para entrarle en la mia»  
dice esta, «de Dios enviada.»



«Pues vuelva al seno de Dios,  
y su justicia decida  
si es de la muerte ó la vida,»  
claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,  
presa en el mísero infante,  
lleno de llanto el semblante,  
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,  
dudando mi fantasía  
si ántes de nacer, vivía,  
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando  
desde mis pasos primeros,  
cual dados en sus linderos  
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,  
la mente desvanecida,  
nombra desvelo á la vida,  
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,  
mis sufrimientos á prueba,  
desvelos, si el sol se eleva,  
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mia  
sueño y desvelo asediando,  
uno tras otro pasando,  
como la noche y el día.

Si de la vida por suerte,  
el breve término dejo,  
conmigo doy sin consejo  
en el confin de la muerte.

Y, á veces, tan dulces lazos  
forman la muerte y la vida,  
que una en otra confundida,  
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataud, por fortuna,  
daré mi primer vagido,  
ó por fortuna habrá sido  
lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer por suerte,  
¿á qué me asedia la vida?  
y si esta aún no está cumplida,  
¿por qué me sigue la muerte?

¿A dónde, en tan ciego abismo,  
voy tras de ensueños que adoro,  
tanto, que entre ellos ignoro  
si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios elemento,  
de un abismo tan horrendo,  
ó eternamente muriendo,  
ó viviendo eternamente!

RAMON DE CAMPOAMOR

## DISTRIBUCION DE PREMIOS

á los alumnos de las  
Escuelas Pías de San Fernando de esta corte,  
el 9 del actual

El 9 del corriente mes será para nosotros,  
los que nos dedicamos á las árduas tareas de  
a instrucción de la juventud, de imperecede-

ro recuerdo por haber presenciado uno de los espectáculos que más conmueven el alma de todo aquel que, guiado por el deseo de difundir la luz de la ilustracion entre sus semejantes, ve recompensados sus laboriosos afanes al admirar los preciosos frutos de su enseñanza.

Préviamente invitados al acto, tuvimos el honor de penetrar en el anchuroso salon donde bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, y con asistencia de más de quinientas personas, entre las que descollaban figuras valiosas en el campo de la hermosura, de las letras, de las ciencias y de la política, hallábanse congregados los alumnos que por su aplicacion en el curso anterior, se habian hecho dignos del premio de sus desvelos. En último término publicamos el programa de la fiesta; ahora sólo nos hemos de limitar á entresacar algunos párrafos del magnífico discurso que, con frase galana, valiente y correcta, pensamiento profundo y elevado, y entonacion magistral, pronunció el ilustrado Catedrático de dicho Colegio, D. José Joaquín Montalban, honra de sus compañeros, ornamento del púlpito de nuestros días, Rector que ha sido del colegio de PP. Escolapios de Granada é individuo de varias Corporaciones científicas y literarias. El nombre de Montalban es tan conocido, que pueril fuera en nosotros tratar de darle un timbre que ya con entusiasmo le han concedido cuantos tuvieron ocasion de oír su elocuente palabra en los años que lleva predicando en Madrid y otras capitales. Unicamente queremos que nuestros habituales lectores disfruten un tanto del bellísimo caudal de levantados conceptos que oímos al precitado señor en el acto de que nos ocupamos.

Empezó el orador diciendo que para las Escuelas Pías existen, entre otros, dos instantes supremos, que son: el día en que sus alumnos reciben por vez primera el pan de los ángeles, y el en que recogen el premio de sus vigiliass y de su aplicacion. Estos dos momentos son de placer y de íntima alegría y hé aquí la causa:

«Es que la religion y la sabiduría proceden de un principio, son oriundas de un mismo padre, parecen dos flores gemelas que brotan de un tallo, sa'en de idéntica raíz, y en la inmóvil base de la unidad constituyen la variedad maravillosa de sus radiantes matices. En admirable armonía tienden á elevar las inteligencias, á formar el corazón, á rasgar el tenebroso velo que envuelve á la humanidad, para conducirla gradualmente á la region de la luz indeficiente, al conocimiento de la verdad absoluta. Ellas se sostienen en la inmutabilidad de principios radicales, se autorizan con la invencible conexión del raciocinio lógico, y cuando languidecen las fuerzas del humano ingenio, la inspiración religiosa rehabilita su potencia, la vivifica, la anima, la reviste con todo el prodigio de la suprema infalibilidad. La alianza, pues, de la religion y de las ciencias, rodeadas de las sombras del misterio, es la base de todo progreso intelectual, el principio del perfeccionamiento del hombre, la línea recta, que por entre los escollos del error, traza las sendas de la verdadera civilización y cultura: su emancipación y divorcio conduce al caos en el orden moral y filosófico, estaciona, si no hace retrogradar, el curso sereno y ordenado de positivos adelantos y coloca á los imperios en fluctuación permanente. No es esta una idea nue-

va: la vislumbró el mundo antiguo á través de los delirios del politeísmo, y por ello el sacerdocio de Ménfis, oráculo de la sabiduría de Egipto, enalteció sus doctrinas con el soplo de la inspiración divina en el sagrado del templo; y Licurgo en Esparta, y Numa en Roma, dictaban sus leyes con la sanción de los dioses. Era que las generaciones marchaban arrastradas por la fuerza de una idea, y esta idea sublime y vencedora se condensa en dos palabras: *la religion y la ciencia tienen su cuna en el altar.*

El catolicismo, señores, es el único que demuestra esta verdad, que la hace práctica, que la saca á flote cuando intereses mal entendidos ó bastardas pasiones pretenden sumergirla en el cieno de revueltos sistemas, y la sostiene y la purifica por medio de instituciones serias, formales, entre las que descuella la poco comprendida ó mal recompensada de las Escuelas Pías. Auxiliares poderosos de aquel, tienen estas el encargo especial de adunar la ciencia, pero la ciencia verdadera, práctica, con la religion, engrandeciendo la inteligencia del niño, después de haber formado el corazón del hombre.»

Entrando después de lleno en consideraciones acerca de la revolución político-social que en todas las esferas del espíritu y entendimiento humanos produjo el principio de libre exámen, dice, después de reconocer la marcha vertiginosa de la ciencia y de las ideas, cuyo impulso necesita ser dirigido, si no ha de terminar en un abismo:

«Por fortuna y para ayuda nuestra, no hay que crear el génio; no hay que crear la proverbial altivez, justificada por largos siglos de hazañas y de glorias; no hay que crear el sentimiento de las grandes empresas. En este suelo crecieron los que con un arrojo, que antes no habia tenido igual, y después no ha tenido ejemplo, con asombro entonces del mundo, dieron á la navegación nuevos mares, y un Nuevo Mundo al comercio. El comercio, la navegación y el mundo, que hoy parecen desdeñar al pueblo español, á quien cuando más pudiera acusarse de haberse dormido demasiado á la sombra de sus lauros si ya no se le acusa también de haber sido desgraciado, tal vez por culpas no propias. Pero hablad, vosotros todos, hablad en nombre del país y de la gloria: invocad el orgullo nacional, pronunciad el santo nombre de la patria y se reanimarán las cenizas de Recaredo é Isidoro, de Ildefonso y de Pelayo, de Alfonso VIII y de Guzmán el Bueno, de Jaime el Conquistador y del Rey Sábio, de Isabel la Católica y del Gran Capitán, de Giménez de Cisneros y de Carlos V, de Felipe II y de Arias Montano, de Teresa de Jesús y de Fray Luis de Granada, de Herrera y Toledo, de Juan de Austria y del Manco de Lepanto, de Churrucá y Gravina, y los héroes del 2 de Mayo, y los héroes del Callao... hablad, y se reanimarán las cenizas de los que dieron leyes al mundo, riquezas á las naciones, y hazañas á la historia! hablad, y de la española tierra brotarán los génius y brotarán los héroes! que donde se han producido una vez y donde no se ha extinguido la semilla, allí volverán á producirse.»

Esto sólo puede tener debido efecto con la enseñanza católica, á la cual dedica, entre otros, este bellissimo párrafo, notable por muchos conceptos:

«Ella es la que, valiéndome de una expresión divina, recoge y congrega las artes dispersas y desfallecidas, vagando por un desierto sin el maná celeste que las alimenta, desnuda y andrajosa la pintura, sin fuerzas para mirar al cielo; la música sin fuerzas para lanzar una queja melancólica; sin Dios, sin alma la poesía. Ella es la que impregnando de amor á la poesía y literatura, la constituye arte verdaderamente maternal, consuelo del alma en las horas de sus amarguras y adversidades. Ella la que, presentándonos al arte por la fé, por la conciencia, por el amor divino, hace que el hombre pinte ojos que miran tiernamente al cielo, lábios que sonríen con la dulzura de los ángeles, manos que se enlazan, ami-



gos unidos por un mismo delicado sentimiento, y preferentemente sobre esto el carácter moral del hombre cristiano; cualidad más fecunda para el arte mismo que toda la realización material. Ella nos enseña que la música es arte de ángeles, tan puro, tan noble, tan desencadenado de la materia, tan lleno de movimiento, que llora trémulo en las fuentes, canta volando en las aves: arte que encontró sus primeros acentos místicos en los labios de las madres cristianas, cuando arrullaban el sueño de sus hijos, que bebió su más santa y conmovedora melancolía, propia para suavizar las penas y las amarguras de nuestra vida mortal, en los labios del pordiosero, del niño huérfano, y del hombre desgraciado, cuando la pobreza, lejos de pedir el pan con el llanto de la indignación y las imprecaciones del despecho, llamaba a todas las puertas con una trova de exquisita sencillez y dulce halago.»

Ocupóse después en recordar los hombres ilustres que han salido de las Escuelas Pías y exclama:

«¡Ah, suprimid, suprimid estas escuelas, y quitais su nido al genio del pobre y el centro del equilibrio al poderoso! ¡suprimid esta enseñanza, y decapitais la vida intelectual y moral, faltándola su esencial organismo! desautorizad esta enseñanza, emancipáos de ella, negadle, como ha hecho la Francia, el *exequatur* legal, y rompereis el nervio de la disciplina doctrinal, sin la cual no puede darse progreso literario y científico: levantad cátedra contra cátedra y escuela contra escuela, y en vez de la unidad, término de nuestras aspiraciones todas, llevareis la confusión a la literatura, la insubordinación a los individuos, la disolución y desquiciamiento a los Estados!»

Termina por fin con este apóstrofe que hizo derramar lágrimas de entusiasmo a gran parte de la concurrencia:

«Y tú, apreciable y apreciada juventud: tú, que te levantas virgen de errores y de enconos: tú, que creces con la conciencia de tu misión en el siglo diez y nueve: tú, que creces como una planta pura y lozana entre los montones de ruinas que han hacinado el huracán y la tempestad, tú nos ayudarás a cumplir estos altos designios. Tuyo es el porvenir y en tí tiene fijos sus ojos la patria. Si pudieran extraviarte las aberraciones de la vieja generación, tú, al contrario, aprenderás en sus errores y en sus desgracias y los corregirás sin ira y sin rencor, porque esa generación es la generación de tus padres. La nobleza y la hidalguía son los sentimientos que te cuadran; el bien del país es tu fin, la gloria es tu término, la aplicación y la disciplina son tu camino. Ánimo, y a luchar noblemente: sin estos sentimientos que os deben siempre estimular, sin esa fe, sin esa constancia y laboriosidad no brotara en la mente de Descartes la atrevida teoría de los colores, ni Linneo habría formulado las admirables bases de la Historia natural. Solo con esos sentimientos pudieron concebir Hipócrates sus *Aforismos*, Aristóteles, su libro de *Los Políticos*, Alfonso el sabio sus libros de *Astronomía*, y el angélico Dr. Santo Tomás, la *Suma teológica*. Solo por esos sentimientos hoy nos asombran la *Iliada* de Homero, la *Eneida* de Virgilio, la *Jerusalem libertada*, de Tasso; la *Divina comedia* del poeta de Sorrento, la *Oda a la Ascension* de Fr. Luis de León, el *Mágico prodigioso*, de Calderón; *García del Castañar*, de Rojas; *La Estrella de Sevilla*, de Lope de Vega; el sin par *Quijote*, de Miguel de Cervantes, y la *Política de Dios* de nuestro insigne Quevedo. Solo esos sentimientos elevan nuestro corazón con las *Siete palabras* de Haydn, con el *Miserere* de Doyagüe; con el *Don Juan*, de Mozart, y Meyerbeer nos arrebatan con la grandiosa *Conjuración de Los Huguonotes*. De esos mismos sentimientos brotó la mágica unción del San Bruno de Alonso Cano, que admiramos en la Cartuja de la histórica y artística Granada, y la majestad del Crucifijo, de Velázquez; y la celestial hermosura de la Concepción, de Murillo, y la mirada divina del Salvador, de Juan de Juanes; y el odio a los enemigos de la patria que rebosa en el cuadro de los fusilamientos, de Goya. Solo esos sentimientos han podido construir las catedrales góticas

de Colonia, y de Burgos, la Alhambra de Granada y la maravilla del Escorial.

Si, pues, arde en vuestra mente la llama del genio, trabajad para que no se extinga y para que la inspiración descienda a vosotros, y contribuireis a aumentar la gloria de este colegio y el progreso de nuestra patria.

Por último, así como el fundador de la famosa Academia Ateniense, queriendo que allí con más conocimiento de causa se admirara a Dios y se comprendiera al hombre, había escrito sobre la puerta: «No entre aquí quien no sepa geometría,» así yo, sacerdote católico, hijo de Calasanz y maestro del pueblo, os digo: «No entre aquí el que no venga impulsado de esta sencilla verdad:» «El temor de Dios es el principio de la sabiduría.»

Tal es el discurso del Sr. Montalban. Joya preciosa en donde se ven engastados los más hermosos diamantes del entendimiento, al entresacar los renglones que anteceden, no hacemos otra cosa que mutilar un todo admirable, edificio grandioso en cuya construcción han entrado los primores de la retórica, la austeridad de la historia y las bases de la metafísica, en amigable y florido consorcio con la galanura de estilo y delicadeza de conceptos. Reciba el esclarecido catedrático de las Escuelas Pías de San Fernando nuestra cordial y entusiasta enhorabuena.

Escusado es decir que la ovación fué tan indescriptible como justa y merecida.

Después de la distribución de premios, el Sr. Cardenal Moreno dirigió su fácil y evangélica palabra a los concurrentes con la elocuencia que le es peculiar. Se congratuló del acto que presidía y recordó con júbilo que había sido discípulo de los Padres Escolapios.

Por último, el Reverendo P. Eugenio Caldeiro, Provincial de las Escuelas Pías de Castilla, dió las gracias al Emmo. Prelado y a todos los circunstantes, terminando el acto a los acordes de la bien dirigida orquesta que había amenizado los intermedios con buenas y bien ejecutadas melodías.

#### PROGRAMA

**Primer punto.**—Preciosa sinfonía ejecutada por una brillante orquesta.

**Segundo.**—Himno alusivo, cantado por un coro de voces escogidas entre los alumnos.

**Tercero.**—Discurso leído por el P. José Joaquín Montalban, profesor del Colegio.

**Cuarto.**—Preciosa jota alusiva, cantada por los alumnos.

**Quinto.**—Recitación de poesías originales.

**Primera.**—¿Para qué sirve el latín? Diálogo recitado por D. Ángel Fernández y D. José Viera, alumnos internos.

**Segunda.**—A mi madre.—Sentida dolosa admirablemente recitada por el alumno interno D. Enrique Calero.

**Tercera.**—Yo soy un sabio.—Composición graciosa recitada por D. Ángel Llorente, alumno interno.

**Cuarta.**—Mi premio.—Recitada por D. Francisco Alderete, alumno interno.

**Quinta.**—Un Adios.—Diálogo por dos alumnos de seis años.

**Sexto.**—Adjudicación de los premios.

**PREMIOS.** { 1.ª Clase.—Medalla de oro y diploma.  
2.ª Clase.—Idem de plata y diploma.  
3.ª Clase.—Diploma y un magnífico libro.

**Sétimo.**—Breve discurso del Sr. Presidente, alusivo.

**Octavo.**—Gracioso potpurri cantado por un numeroso coro de alumnos.

*Nombres y apellidos de los alumnos que han obtenido primer premio*

#### Internos

- D. José María López Padilla.
- » Luis Alonso Bernaldo de Quirós.
- » Manuel Varela y Martín.
- » José Rodríguez Vázquez.

- D. Joaquín Font y Serra.
- » Valeriano Gutiérrez Horia.
- » Enrique Huelves y López.
- » Eduardo Coello y Pardo.

#### Externos

- » Ignacio Torrijos y La Cruz.
- » Lorenzo Santa María y Puerta.
- » Agustín Rodríguez y González.
- » Antonio Agraz y Madrid.
- » Artemio González y Martín.

*Alumnos que han obtenido segundo premio*

#### Internos

- D. José Manuel Armiñan.
- » Manuel Pozas y Abascal.
- » Estéban Rasala y Urosa.
- » Severino Bello y Pocymán.
- » Eugenio Brescend y Peñacarrillo.
- » Enrique Calero y Pita.
- » Francisco Garibay y Aguado.
- » Roman Lainez y Villoslada.
- » Francisco López y Acebal.
- » Juan López y Huerta.
- » Jesús Menéndez y Florez.
- » José Viera y Lostao.
- » Ricardo Varela y Martín.
- » José Rubio y Sagaruaga.
- » Juan García Molina.
- » Francisco Alderete y Sánchez.
- » Manuel Rodríguez y Quintana.
- » Francisco Torres.
- » Egdunio Tur y González.
- » Francisco Cano y Rivas.
- » Demetrio Tuason y Paz.
- » Nicolás Mocholi y Guerrero.

#### Externos

- » Carlos Rivadeneira e Ibañez.
- » Fernando Fernández y Gallego.
- » Juan José García Herreros y Suarez.
- » Julio Prieto y Lázaro.
- » Emilio Vacas y Suarez.
- » Justo Sánchez del Alamo y Fernández.
- » Félix Cordon y Vieco.
- » José Charca y Madrid.
- » Adrian Rubio y García.
- » Pedro Gómez y Sánchez.

*Alumnos que han obtenido tercer premio*

#### Internos

- D. Enrique Aguilar y Nieva.
- » Leopoldo Álvarez y Aguilar.
- » Nicasio Arroyo y Jiménez.
- » Lucas Díaz y Prieto.
- » Ángel Fernández y Méndez.
- » Juan Delgado y Castilla.
- » Ambrosio Hierro y Maroto.
- » Santiago Leston y Figueroa.
- » Benito Maza y Coca.
- » Alfredo Peñalver y Taro.
- » Alfredo Salazar y Martínez.
- » Sancho Conejo y Coca.
- » Ramon Casado y Real.
- » Clemente Sierra y Miguez.
- » Luis Elola y Espin.
- » Benigno Elola y Espin.

#### Externos

- » Antonio González Menéndez.
- » Juan García y García.
- » Luis Arnaiz y Hernández.
- » Antonio del Barco y Gómez.
- » Alfredo Roy y Nú.
- » Ricardo Urraco y Martínez.
- » Manuel Ruiz Pérez.
- » Carlos Fernández Gil.
- » Ricardo Marruenda y Saez.
- » Rafael Saenz y Gómez.
- » Pascual Alonso y Zamora.
- » Francisco Medrano y Piñero.

*Alumnos matriculados en este colegio*

Internos en 1.ª y 2.ª enseñanza .....	100
Externos de 2.ª enseñanza gratuita .....	130
Externos de 1.ª enseñanza gratuita .....	1.200
	<hr/> 1.430

Se explica toda la 1.ª y 2.ª enseñanza según el plan vigente, para lo cual cuenta el colegio con un claustro de 25 profesores.

Para los internos hay además cátedras de francés, inglés, dibujo, música, gimnasia y aritmética mercantil y práctica de comercio.

El colegio está dotado de magníficos y bien provistos gabinetes y de todo el menaje y material correspondiente, en conformidad con los adelantos de la época.

El colegio, en su parte material, es hoy de los mejores de España, pues se ha gastado recientemente en obras de nueva planta y ornamentación 45.000 duros.

LA REDACCION



## LA CARIDAD

## INTRODUCCION

La caridad es la brisa  
de los jardines del cielo:  
es imagen del consuelo  
al dintel de un panteon.  
Al desvanecer el caos,  
Dios, en su juicio profundo,  
la puso en medio del mundo  
con toda la luz de un sol.  
Luz que, hasta en el hueco oscuro  
de las hondas madrigueras  
donde respiran las fieras,  
derrama su resplandor.  
¿No alumbrará las tinieblas  
del pecho humano ese sol?

## Eco

—Triste y lluviosa es la noche:  
¡desgraciado el peregrino  
que haya perdido el camino  
del monte en la oscuridad!

Pero han llamado á la puerta:  
—¿Quién es?—Un misero anciano;  
abrid, por el cielo, hermano,  
el cielo os lo pagará.  
—Entrad en mi humilde choza  
sin temor ni pesadumbre;  
para el frio tendreis lumbre,  
para el hambre tendreis pan.  
—El cielo os escucha, hermano,  
y el cielo os lo pagará.

—Sola, huérfana en la tierra,  
tocando al fin de tu vida  
estás ¡oh niña! abatida  
en el lecho del dolor.  
—¿Quién hablaba? ¿qué me quieren?  
¡Virgen mía, cuánto peno!  
¿Sois, acaso, el ángel bueno  
que yo demandaba á Dios?  
—Vengo á velar á tu lado,  
secar el llanto que llores  
y remediar los dolores  
de tu pobre corazon.  
—Hermana, tú eres el ángel  
que yo demandaba á Dios!

Mónstruo voraz es el fuego,  
nadie su pujanza doma,  
y ese techo se desploma,  
y esa casa va á caer.  
Al pié de aquella ventana,  
una madre, sin fortuna,  
abrazo á un niño en la cuna,  
y arde el incendio tras él.  
—¡Socorro! ¡misericordia!  
—¡Infeliz! no en vano clamas:  
aunque me traguen las llamas  
á salvaros volaré.  
—Mi hijo está aquí, socorredle,  
que arde el incendio tras él.

—Es de noche, y nadie acude...  
¡cien rayos! ¡mil terremotos!  
me dejan los brazos rotos,  
como á un perro echado aquí.  
Aquí, en un lago de sangre,  
todos revueltos y juntos,  
los vivos con los difuntos  
que cayeron en la lid.  
—¡Camarada!—¿Quién me busca?  
aquí estoy con dos brazos.  
—Yo te llevaré en mis brazos.  
No abandones mi fusil.  
¡Dios vela por los valientes  
que cayeron en la lid!

VENTURA RUIZ AGUILERA



## DON LUCAS AGUIRRE Y JUAREZ

Pocos, muy pocos son los hombres que al  
terminar su carrera en el mundo, tienen el  
privilegio de bajar á la tumba acompañados  
de las lágrimas de gratitud y de las sinceras  
bendiciones de sus conciudadanos.

Son raros como los astros de primera mag-  
nitud que atraviesan en marcha rapidísima  
la esfera inconmensurable del infinito... pero  
existen, han existido y aparecerán todavía  
en los periodos sucesivos de la historia de las  
generaciones.

D. Lucas Aguirre y Juarez fué uno de  
ellos. Su vida, série iluminada de actos gran-  
diosos de caridad y de abnegacion, no fué  
otra cosa que una protesta enérgica, aunque  
humilde, contra el positivismo del siglo, con-  
tra ese grosero egoismo que considera á la  
criatura bajo el prisma de los números, con-  
tra esa razon social que todo lo mata, todo lo  
aniquila, reduciendo los dulces afectos del  
corazon al estéril desierto del interés y á la  
region hedionda de la hipocresía.

La instruccion pública fué uno de los ob-  
jetos á que dedicó sus afanes.

El fundó en el valle de Mena la escuela de  
niñas de Siones; él estableció en el Instituto  
de Cuenca un premio anual para el alumno  
más aprovechado en sus estudios; él dejó  
cuantiosas mandas para la construccion de  
otras escuelas y para dotar de profesores dos  
más, en Madrid, una de niños y otra de niñas.

No ha mucho tiempo, en los dias del Cen-  
tenario de Calderon, que todos hemos pre-  
senciado, púsose en Madrid la primera piedra  
para levantar, segun disposicion testamen-  
taria, una escuela-modelo en las afueras de  
la puerta de Alcalá.

Si mucha, inmensa gratitud se debe á la  
memoria de D. Lucas Aguirre por este testi-  
monio de su generosidad en favor de la capi-  
tal de España, tanta ó más se debe al ilustre  
repúblico, al incansable, al sábio director del  
Instituto del Cardenal Cisneros, el excelen-  
tísimo Sr. D. Manuel María José de Galdo.

Al celo del Sr. Galdo hay que atribuir, en  
primer término, esta benéfica obra. El ha ad-  
ministrado de tal modo los bienes del testa-  
dor, que han crecido en lugar de disminuir.  
A su iniciativa se debe la realizacion de un  
proyecto que, en otra mente, se conservaria  
estacionario y nunca hubiera salido del esta-  
do de embrion.

D. Lucas Aguirre no se olvidó á la hora de  
su muerte de aquellos que en dias de gloria  
vertieron su sangre por las dos ideas más  
santas que constituyen el modo de ser de los  
pueblos: la independencia y la libertad. No  
habrá seguramente en Madrid quien al bajar  
al Prado el 2 de Mayo á rendir un tributo de  
amor y una lágrima de gratitud á las vene-  
randas cenizas que yacen en el Obelisco, re-  
cuerdo de la epopeya de nuestro siglo, no ha-  
ya visto constantemente una Corona de lau-  
rel dedicada á los mártires de la pátria por  
la memoria de D. Lucas Aguirre.

La misma ofrenda de honor se observa en  
los arcos de Monteleon y del 7 de Julio.

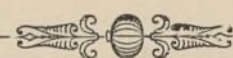
Fundó tambien una Memoria anual para  
los escritores pobres, que se reparte religio-  
samente, siguiendo las inspiraciones del fun-  
dador.

Madrid, Cuenca, Siones y otros puntos, le  
deben un grato recuerdo.

D. Lucas Aguirre fué un héroe, que tam-  
bien la caridad tiene su heroismo, y es un  
error creer que á éste sólo se llega por la  
fuerza de las armas, por la lucha de las artes  
ó por el palenque de la literatura.

Al honrar su memoria, invitamos á que no  
olviden su ejemplo los poderosos que sólo  
piensan en gastar sus riquezas en escandalo-  
sas orgías y goces impuros donde se embota  
el sentimiento y se pierde toda nocion de  
justicia y de moral.

JOSÉ MARIA MEDINA



## AL HERMOSÍSIMO NIÑO

GERARDO LANCHA

## Dormidito

Mirad, cual un ángel bello  
Gerardito está dormido;  
¡Silencio!... no haced ruido  
Que le vais á despertar.

Miradle, rubio el cabello,  
Al través del cortinaje,  
Como un delicado encaje  
Su sueño quiere arrullar.

Miradle; dulce tesoro  
Es de sus padres el niño:  
La ventura y el cariño  
Todo lo cifran en él.

Miradle, sus rizos de oro  
Caprichosos juguetea,  
Picarescos culebrean  
Por su blanca y fina sien.

Duerme, niño, satisfecho;  
Tienes padres, por fortuna,  
Y ellos al pié de la cuna  
Tus ensueños velarán.

Tu madre, contra su pecho  
Te calentará, hijo mio,  
Y te guardará del frio  
Y del ronco vendabal.

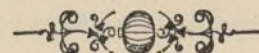
¡Silencio! ¿No habeis oido  
El aleteo de un ave?  
¡Silencio! Perfume suave  
Se percibe por do quier.

¿Qué motivó aquel ruido?  
Mas... es un ángel hermoso,  
Que á Gerardito, amoroso,  
Un beso le dió en la sien.

Miradle, ténue sonrisa  
Vaga por su boca pura,  
¡Oh! Qué bella criatura...  
¡Dios mio, hacedla feliz!

Que siempre su dulce risa  
Conserve tal inocencia:  
¡Lábrale, con tu clemencia,  
Un risueño porvenir!

ADAMINA GARRIGÓS







DON LUCAS AGUIRRE Y JUAREZ,  
protector de la enseñanza elemental y gran admirador de las letras y de la independencia patria

Ayuntamiento de Madrid



LETTRE ADRESSEE AUX JEUNES LECTEURS  
DE «LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS»

Madrid le 15 Octobre 1881

¡AIMONS LA NATURE!

Mes chers petits amis: Comme le temps s'écoule rapidement! que de mois se sont passés depuis que j'ai eu le plaisir de m'entretenir avec vous! que de changements se sont peut être opérés pendant ce laps de temps! d'abord, vous tous mes chers petits lecteurs, vous avez grandi: vous avez bien souvent mérité, les récompenses que les parents et les professeurs accordent toujours aux enfants quand ils sont bien sages; vous avez gagné des prix, à la fin de vos cours; vous avez fait quelques petites excursions pendant les vacances; et je suis bien persuadé, que dans ces petits voyages, malgré votre jeunesse, vous n'avez moins pu faire, que d'admirer de temps en temps, les beautés que la Nature ne cesse de présenter aux yeux des mortels; les merveilles qu'elle offre à nos regards et à notre esprit; je suis plus que certain, que vous n'avez pas manqué d'élever plus d'une fois votre coeur à la Divine Providence, comme un léger témoignage de votre admiration, et de votre reconnaissance, envers la bonté qu'elle répand toujours sur nous.

Vous avez admiré les beautés de la Nature, et je vous en félicite d'autant plus, que l'amour de la nature, par son influence sur le corps et sur l'esprit, est une des plus saines affections de la créature humaine: elle se développe et se cultive, par notre attention; si dans notre enfance, nous nous habituons à observer la Nature, nous arrivons bien vite à l'aimer; par ce que cette observation, est une source inépuisable de plaisirs, tant pour les yeux que pour l'intelligence.

Voyez vous comme le Printemps ramène à nous les folâtres hirondelles qui sont les avant coureurs de la belle saison? comme à cette époque de l'année les campagnes se parent des plus riches couleurs? comme la douce température nous rappelle que tout dans la Nature recouvre une vie nouvelle?

Voyez vous aussi comme par les effets de la chaleur que l'Été apporte, les fruits mûrissent; les moissons se dorent, l'Océan soulève ses puissantes vagues, et nous parle de sa voix la plus forte?

Après l'ardeur de l'Été, n'observez-vous pas comme il est agréable de sentir les premiers souffles de fraîcheur que l'Automne nous procure? l'excellence des derniers fruits? les merveilles de la vendange? et le plaisir que cette dernière récolte cause aux propriétaires; aux paysans; et même aux enfants aux quels

leurs parents accordent ce dernier délassement?

Oh! que tout cela est beau! que la fraîche brise qui nous caresse est donc agréable! comme le ruisseau qui serpente ses ondes argentées dans la verte prairie, est joli à voir! comme il orne ses bords irréguliers de mille jolies petites fleurs!

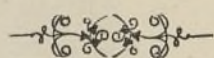
Ainsi donc, mes jeunes lecteurs, toutes les saisons, nous offrent une source de beautés; l'hiver même, qui est si terrible pour certains enfants, et pour les personnes âgées, a ses charmes: quel si beau spectacle, et si grandiose, que ces hautes montagnes couronnées de neige! quelle chose admirable; que ces grandes rivières, dont la surface gelée cache à nos regards le courant impétueux du dessous, et nous permet de les traverser à pied sec, comme si nous traversions une grande route, pavée du plus beau marbre blanc!

Quelle que soit l'époque; quel que soit le lieu, partout nous trouvons de quoi contempler les merveilles de la Création; partout nous trouvons mille objets, mille causes qui nous font aimer la Nature, et qui nous conduisent insensiblement, à être de plus en plus reconnaissants envers les bienfaits dont le Créateur nous comble.

Aujourd'hui, mes bons amis, j'ai occupé votre attention, sur la convenance de nous attacher aux causes générales qui font naître dans notre coeur, l'amour de la Nature; dans nos causeries successives, nous nous occuperons particulièrement de chacune de ces causes.

En attendant, veuillez bien ne pas oublier que je suis votre affectionné ami.

HENRI BÉNAVENT.



LA ESCALA Y EL CHICO

Por una pared muy alta  
subir un chico queria,  
pero una escala le hacia  
para el caso mucha falta.

Y buscando en el jardin,  
vió que en una rinconera  
se podría una escalera  
vieja, tocando á su fin.

Y pidiéndola merced,  
—amiga, dice contento,  
queria en este momento  
subir á aquella pared.

¿Prestarme quieres tu ayuda?  
—Pues, sí, contestó la escala;  
pero ve que así, tan mala,  
no es posible que te acuda.

—Yo puedo por cuerdas ir,  
y con ellas te ataré.

—Bueno, amigo, entonces, ve,  
que me dispongo á servir;  
mas con una condicion:  
que tú me dejes la cuerda,  
de modo que no me pierda  
podrida en este rincon.

Poco después, el chicuelo,

merced al auxilio extraño,  
ya de peldaño en peldaño  
se iba elevando del suelo.

Arriba, por fin, llegó.

—¡Qué ventura, qué alegría!  
ya logré lo que queria;  
¡chicos, dijo, aquí estoy yo!

Salta, pues, al otro lado,  
donde era poca la altura,  
y allí se encuentra á su anchura  
en medio, el chico, de un prado.

Allí otros chicos habia,  
con quienes juega dichoso,  
sin un punto de reposo,  
en la comun alegría.

Un columpio hacer le ocurre...  
Mas no hay cuerda; ¡triste caso!  
y el cómo salir del paso  
al punto el chico discurre:  
y á la cuerda resistente  
con que la escala compuso,  
darla entonces aquel uso  
parecióle conveniente.

Mas la escala se quejó,  
estas palabras diciendo:  
«vé que me está sosteniendo,  
vé que me caigo sinó.

Esa cuerda que te llevas  
la debes tú respetar,  
pues, por venirme á ayudar,  
á tal altura te elevas;  
y fué condicion precisa  
que la cuerda me dejaras...»

—¡Vaya! tus quejas son raras,  
dice el chicuelo con risa.

Yo ya no te necesito,  
que te pudras no me importa,  
y esto así, la cuerda corta,  
sin que le importase un pito.

Hizo el columpio; en su yerro  
siguió jugando y jugando:  
sin saber cómo ni cuándo  
acudió de pronto un perro.

Como el bicho amenazaba,  
lleno el chico de afliccion,  
corre al bajo paredon  
donde la escala asomaba.

El, viéndola, en sus apuros,  
incauto, empieza á bajar;  
mas no pueden aguantar  
los peldaños, inseguros.

Ceden al peso por fin,  
y todo viniendo al suelo,  
caen escala y chicuelo  
sobre el suelo del jardin.

Es fuerza, pues, que sucumba  
al golpe de su caída,  
y al principio de la vida  
baja, infeliz, á la tumba.

Murió; pero moribundo,  
comprendiendo su locura,  
esta sentencia madura  
hizo correr por el mundo:

«Quien subió por escalera  
nunca tire los peldaños,  
porque puede, con los años,  
descender por do subiera.

Mas si tan ingrato fué  
que en la cúspide soñada,  
creyendo inútil su grada,  
le dió, incauto, un puntapié,  
la mudanza, en su ejercicio,  
puede arrojarle del alto,  
y, entonces, de apoyo falto,  
va á caer... al precipicio.»

ALFONSO E. OLLERO



En nuestro afán constante de proporcionar á los infantiles lectores de la ILUSTRACION DE LOS NIÑOS lectura amena é instructiva, hemos adquirido el precioso libro que con el título de *Cuentos morales* ha publicado en esta corte el laborioso escritor nuestro amigo el Sr. D. Manuel Jorreto y Paniagua y del cual se han hecho varias ediciones.

Hélos aquí, ilustrados en su texto, para mayor solaz.

## LAS TÓRTOLAS AMARILLAS

### I



Niñas que vais á ir al baile, y os habeis vestido tan elegantes con vuestros trajes de gasas, vuestras pulse-  
ras de coral y oro y vuestros prendidos de perlas y de flores, descansad un rato alrededor de la chimenea, que la noche está muy fría, y mientras derramais unas gotas de esencia en vuestros pañuelos de nipsis, os poneis los guantes, repasais la lista perfumada de los bailes y esperais á que el lacayo os anuncie que el coche está dispuesto, oid el cuento de las tórtolas amarillas.

Es muy corto, y se habrá concluido antes de que os arregleis por última vez los rizos y os decidais á dejar la caja de la velutina.

### II

Esta era una madre que tenía tres hijas muy hermosas, muy hermosas, casi tanto como vosotras; pero tan parecidas entre sí, que no exagero en aseguraros que ni aquella misma las distinguía; lo mismo eran los ojos de las tres, lo mismo los cabellos, lo mismo la voz, todo lo mismo; en nada se diferenciaban más que en el alma; pero como el alma está tan escondida, cuantos miraban á cualquiera de ellas no sabían si miraban á Laura, que era la mayor, si á Libia,



que era la mediana, ó si á Angela, que era la más pequeña.



Ved aquí sus retratos, y decidme si á vosotras no os sucedería lo mismo.

Libia y Laura eran perversas, tanto, que siempre estaban insultando y maltratando á Angela, porque no pensaba más que en socor-

rer á los pobres que se acercaban á la puerta, y la decían:

—Mañana no podremos ir al baile, porque el dinero que madre guardaba para comprarnos un traje, tú lo has dado á los pobres.

Y Angela, con un aire de modestia y de dulzura que á cualquiera, ménos á sus hermanas, encantaría, les contestaba;

—¿Y qué? ¿Cuánto mejor es que puedan vivir hoy un día más unos cuantos pobres, que no que nosotras demos mañana unas cuantas vueltas en el baile?

Y las hermanas, cuando la oían estas razones, la maltrataban, la arañaban y la tiraban de sus cabellos.

—Pronto,—murmuraban,—estaremos todas tan pobres como los que tú socorres, y entonces no habrá nadie que á nosotras nos socorra.

Y así vivían las tres hermanas; Laura y Libia odiando y martirizando á Angela cada vez más, y Angela rogando sin cesar al Eterno que ablandase el endurecido corazón de aquellas.

### III

Llegó el día de la Concepcion.

La casa de las tres hermanas estaba enfrente de la iglesia, y se asomaron á ver la procesion. Empezó á salir la gente, empezaron á tocar los músicos y á ordenarse en dos filas los muchachos que iban alumbrando con sus velas. Luego sacaron el estandarte y detrás la imagen de la Virgen María.

Cuando vieron salir á la Virgen, todos se arrodillaron, ménos Laura y Libia, que siguieron de pié, porque pensaban que arrodillándose no podían seguir haciendo señas á sus novios, que las miraban desde la puerta de la iglesia, porque los cubría la colgadura del balcon.

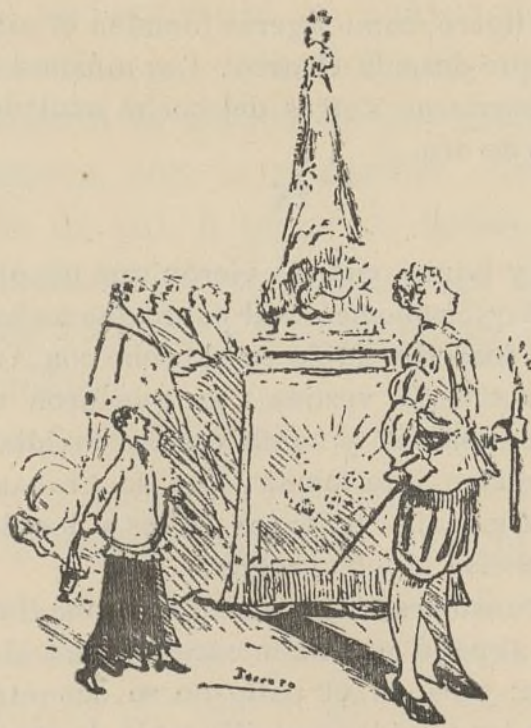
Pero Angela sí se arrodilló, rezó la Salve, y, al ver que sus hermanas no lo hacían, dijo á la Virgen, derramando lágrimas de sentimiento:

—¡Oh! ¡Madre mia, ten compasion de mí, y perdona á mis hermanas tanto como te ofenden y lo mismo que yo las perdono!

### IV

Por qué casualidad sucedió que un príncipe habia prometido visitar la iglesia del pueblo. Estaba dedicada á una Santa, á quien tenía mucha devocion, y así prometió hacerlo, si la reina se salvaba de una peligrosa enfermedad, de que sanó.

Iba al lado del carro; instintivamente miró al balcon y vió á las dos hermanas.



No dejó de lamentar su irreverencia; pero como vió que eran tan hermosas, se enamoró de las dos.

Cuando pasó la Virgen se levantó Angela. El

príncipe quiso ver otra vez á las que tanto le gustaron, y volvió la cabeza.

Al ver que habia tres, se enamoró tambien de las tres, y desde luego pensó casarse con una, puesto que ya he dicho que eran iguales; pero dijo:

—La verdad es que estas doncellas son hermosísimas, y yo no puedo resistir á los encantos de cualquiera de las tres; ¡más, ay, tan triste que al dirigirme á una acepte mi amor sólo por satisfacer la vanidad de ser princesa!

¿Cómo haré yo para saber si alguna de ellas me quiere con sinceridad?...

Y ¿qué hizo? Compró á un pobre su traje y fué á casa de las tres hermanas, diciendo:

—Veré cuál tiene mejores sentimientos; que aquella que los tenga, ha de tener indudablemente un alma más pura y un corazón ménos vano. Con ella me casaré, que si no siente amor por mí, fácil será que llegue á tenerme gran cariño y seremos muy felices.

Cuando estuvo disfrazado llegó á la puerta de las tres hermanas, y llamó.

### V

Salió Laura á abrir, y al verle, sin darle tiempo á que pidiera una limosna, le dijo muy furiosa:

—No seas importuno; déjanos descansar. Parece que te has empeñado en darnos martirio.

Y cerró la puerta con tanta precipitacion, que dió con ella en la cara al príncipe.

Al otro día volvió el fingido pobre, y llamó á la puerta de las tres hermanas.

Salió entonces á abrirle Libia, y le dijo:

—Perdona por Dios, hermano; yo no tengo la culpa de que hayas nacido pobre. Haber nacido rico.

Y, diciendo esto, cerró tambien la puerta, derribando al cerrarla el sombrero del príncipe.

Con el mismo disfraz volvió al tercer día decidido á desistir de sus repentinos amores, porque pensaba, y con razon, que no merecian ser princesas las que tan duros corazones tenían.

Llamó á la puerta, y Angela salió á abrir.

—Esperad, hermano mio—le dijo al verle—voy á traer un pedazo de pan y unas cuantas monedas. Por hoy no puedo ofreceros más, porque mis hermanas están en la cocina y no me dejarán que os traiga comida caliente. Volved mañana, que no estarán aquí, y os daré una manta para que os abrigueis, porque esa que os cubre está vieja y rota, y tendreis con ella mucho frío.

El príncipe le dio las gracias, besó el pedazo de pan, donde al dárselo habia besado Angela, y se marchó, prometiendo volver al día siguiente.

### VI

Por la noche, la caritativa hermana pensó en salir á comprar la manta que habia ofrecido al pobre.

Fué al cajon de su costurero á tomar sus pequeños ahorros y se encontró sin ellos. Se los habian quitado sus hermanas y se afligió mucho; mas pensó que el comerciante era conocido, y se la daría fiada.

En esta creencia llegó á la tienda, escogió la manta, y dijo al comerciante:

—Hoy no tengo dinero; confiad en que os pagaré muy pronto.

Pero el comerciante:

—Nada—dijo—teneis que pagarme, por cuanto la manta ya está pagada, y no solamente ella, sino tambien todo esto que es para vos.

Y, así diciendo, sacó una infinidad de cajas



llenas de vestidos, de encajes, de adornos y de flores.

No pudo ménos Angela de admirarse de cuanto el comerciante le enseñaba y le decia, y con la mayor finura y dignidad rechazó aquellos regalos, mientras no se le diera una explicacion de por qué se le hacian. Y como el comerciante sólo le dijese que un desconocido lo habia pagado todo para ella, insistió en no tomar nada sino la manta, que luego pagaria, y se volvió á su casa llena de confusiones y de dudas.

Toda la noche se le fué pensando en aquel suceso, y, más aún, en la alegría que iba á proporcionar al pobre, dándole aquel abrigo para que no tuviera tanto frio.

## VII

No bien habia amanecido el siguiente dia, comenzaron á repicar las campanas de la iglesia y á cruzar por las calles las tropas del príncipe que la reina enviaba para acompañarle á palacio despues de cumplir su promesa. Las músicas tocaban por todas partes, y en el pueblo, que nada se sabia, se preguntaba sin cesar:

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

Y nadie se daba razon.

Todos los vecinos se asomaban á las ventanas y á los balcones.

Las tres hermanas se asomaron al suyo, y apenas abrieron las celosías, vieron desfilar por delante de la iglesia una infinidad de tropas.

Detrás de ellas venia un magnífico carruaje azul, adornado por todas partes con grecas y con flecos de oro. Tiraban de él dos caballos blancos como la nieve, y le conducian dos ángeles con el vuelo de cuyas alas ayudaban á los caballos.

Cuando el carruaje estuvo delante de la puerta del templo, pararon los ángeles su carrera, y bajó de él un príncipe vestido con un riquísimo manto de terciopelo azul, miró al balcon donde estaban las tres hermanas, y luego entró en la iglesia.

Cuando Libia y Laura vieron que el príncipe las miraba, olvidaron de repente á sus novios, y las dos sintieron en su corazon un inmenso placer, porque ya creian que al salir de la iglesia iria á pretenderlas, sólo porque las habia mirado.

Pensando en esto, distrajo su atencion un fuerte aldabonazo que resonó en la puerta de la calle.

Las tres hermanas miraron, y, en viendo que era un pobre quien llamaba, andrajoso y cubierto de miseria, las dos mayores le maldijeron porque las habia distraído de su dulce pensamiento, y desde el balcon le gritaban que se alejase de allí, increpándole por haber llamado tan osadamente.

Pero Angela, que reconoció en él al pobre del dia anterior, bajó en seguida á darle lo que le habia ofrecido, mereciendo una repension de sus hermanas, que le decian:

—Parece mentira, que llegue tu manía hasta el extremo de dejar toda esta fiesta, por ir á darle un pedazo de pan á ese andrajoso é insolente.

## VIII

Pues bien; dejemos á las hermanas que critiquen todo lo que quieran, que bastante trabajo tiene quien de la virtud critica, y vamos con Angela á abrir la puerta de la calle.

Apenas la abrió, vió al pobre del dia anterior, y le dijo:

—Tomad, querido hermano, tomad la manta

que os ofrecí. Esperad un momento, que voy á traeros un par de tórtolas asadas que tengo escondidas, sin que lo sepan mis hermanas.

Fué á la cocina, y se volvió llorando.

¡Sus hermanas se habian comido las tórtolas!

Y llena de desconsuelo, dijo al pobre:

—No puedo daros las tórtolas, hermano; los gatos se las han comido; pero no paseis nunca hambre ni frio mientras esteis en este pueblo; venid á mi casa, que no me faltará algo que daros.

Angela, con la emocion que tenía, no reparaba en que el pobre, dejando caer la humilde manta, descubria su riquísimo traje de príncipe; no notó que sus vestidos de hilo se habian transformado en otros de finísima seda bordada de oro; no notó que sobre su cuello, en sus manos y en sus cabellos, se entrelazaban caprichosos prendidos, collares, brazaletes y sortijas de perlas y de esmeraldas; no notó que, prendido de la corona de princesa que brillaba sobre su cabeza, descendia el blanco y puro velo de la desposada.



Y antes que de su turbacion saliera, la cogió el príncipe de la mano, y la dijo:

—Ven, esposa mia, sube en mi carruaje que te conducirá al reino de mi padre, y en él vivirás rodeada de felicidad inmensa.

Angela tenía su razon desvanecida por la fuerza de aquel acontecimiento tan misterioso, y así se dejó conducir hasta el coche, guiada por el príncipe.

Y el coche, apenas subieron, comenzó á correr tan ligero, como ligeras hienden el aire las flechas que despiden el arco. Los músicos y las tropas corrieron detrás del coche azul de los adornos de oro.

## IX

Libia y Laura, cuando vieron que un príncipe, en el que conocieron al pobre que no habian querido socorrer, subia en el coche con Angela tan lujosamente vestida, se quedaron como quien ve visiones, y tanta era la envidia y la desesperacion que tenían, que se tiraban del pelo y se mordian tanto los labios y los dedos, que se hacian mucha sangre.

Para consolarse creyeron aquello una ilusion, bajaron al patio pensando encontrar en él á su hermana; pero en el patio no se encontraron más que los vestidos que ella tenía, hechos una porcion de giras, y la capa sucia del pobre llena de agujeros por todas partes.

Entonces fué mayor su envidia; se pusieron tan tristes y tan furiosas, que daba miedo ver-

las; sus ojos estaban espantados, sus cabellos descompuestos y su cara amarilla como la cera.

Se maltrataban una á otra, y maltrataban á su madre tanto, porque no las traia un príncipe para cada una, que la pobre anciana bien pronto murió de desconsuelo.

## X

Mientras, el coche azul llegó al palacio, y Angela dijo á su esposo:

—Esposo mio, yo quisiera saber de mi madre y de mis hermanas.

—No hay nada más sencillo—le contestó el príncipe;—sal al terrado y dí tus deseos á un palomo negro que verás en él.

Angela fué al terrado, vió al palomo, y le dijo:

—Palomito negro, vuelve hácia donde está mi madre, y tráeme noticias suyas.

El palomo movió sus alas, cruzó los aires, llegó á la casa y revoloteó por el balcon.

Libia y Laura cogieron al palomo, y como los corazones envidiosos no pueden tener idea buena, tomaron alfileres de su almohadilla y empezaron á pincharle.

Valiérales más no haber hecho tal cosa, porque el palomo era un palomo encantado, y apenas le pincharon la primera vez y se mancharon los dedos con una gota de sangre, se convirtieron en dos tórtolas amarillas...

Ya hace mucho tiempo que sucedió esto, y todas las mañanas, cuando los príncipes se levantan, van al terrado de palacio á echar un puñado de trigo á las tórtolas amarillas.

Una mañana dijo la princesa al príncipe:

—Verdad es que mis hermanas no fueron buenas; pero yo tengo compasion de ellas; tenla tú tambien, y ruega al palomo negro que concluya con su encanto. ¿Acaso quieres que siempre estén convertidas en tórtolas amarillas?

El príncipe lo rogó al palomo negro; pero éste le contestó:

—Yo lo haria con mucho gusto; mas para esto son precisas tres cosas: que canten muy alegres, que no tengan envidia y que rocien sus plumas con el llanto que han hecho verter á los pobres.

¡Pero es esto tan imposible!

De modo que Libia y Laura siempre serán tórtolas amarillas.

## XI

Observo que en vuestros lábios se dibuja una sonrisa maliciosa y preveo que guardais para el baile el reiros de mi cuento, porque no comprendéis que unas niñas envidiosas puedan convertirse en unas tórtolas amarillas; que dos ángeles conduzcan un carro azul, ni que un vestido de hilo se convierta en otro de finísima seda.

Yo os digo, sin embargo, que no seais como Laura ni como Libia, porque tampoco comprendéis cómo un fósforo enciende el fuego de esa chimenea, y ved cómo sucede.

Y lo que yo puedo deciros, en prueba de mi cuento, es que no hay nada que entristezca tanto el alma como la envidia, ni nada que tanto la alegre como la caridad.

Por eso Angela encontró tanta felicidad.

Por eso Laura y Libia fueron convertidas en tórtolas, que son las aves más tristes que se conocen, y tenían las plumas amarillas, que es el color de la envidia desde entónces.